

Tips Políticos - Entre el equilibrio, la radicalización y las dudas

La imagen del Presidente, aunque manteniéndose en valores aceptables, ha bajado considerablemente en los últimos meses y los intentos de relanzamiento quedan atrapados entre errores, dudas y compromisos políticos.



Como venimos planteando en los últimos meses, la baja en la imagen positiva del Presidente Alberto Fernández ya es tendencia y se evidencia en los números de todas las encuestadoras. Los valores se acercan a los que tenía al inicio de su gestión, pero con la diferencia de que en ese momento Alberto Fernández

como Presidente era una incógnita para buena parte de la sociedad.

Hoy ese velo de ignorancia se va corriendo y comienzan a aparecer imágenes de mayor nitidez pero no necesariamente menos confusas, los trazos iniciales se comienzan a borrar y surgen fantasmas que para muchos ya son realidad.

El inicio de la cuarentena mostró un Alberto Fernández seguro, confiado en decisiones que implicaban cierto grado de audacia y determinación, al frente de su gobierno y con pleno manejo de la situación. Ese primer momento hizo olvidar un poco los temores de algunos sectores respecto de la capacidad de influencia de la Vicepresidente, en su gobierno.

Hablábamos entonces de una paradoja que enfrentaba el Presidente: por un lado niveles de liderazgo político y apoyo popular que no hubiese imaginado nunca y por el otro un contexto global y local tan amenazante como tampoco jamás hubiese imaginado.

Ese hombre que llegaba al poder como un equilibrista que tenía que conformar a todos para poder mantenerse en pie parecía empezar a caminar sobre un terreno más firme que una mera cuerda.

Sin embargo, algunos errores no forzados como los excesivos elogios a dirigentes sindicales con muy mala imagen en la sociedad o el intento de expropiación de una empresa privada esperando el aplauso, junto al cansancio por la prolongada cuarentena y las crecientes preocupaciones económicas comenzaron a hacer mella en la imagen de Alberto Fernández.

Por otro lado la iniciales decisión y audacia se transformaron en dilaciones y anuncios que tardan en concretarse: una negociación de la deuda con permanentes últimas ofertas que no terminan siendo aceptadas por los grupos de bonistas y semana tras semana nos pone al borde del default y del acuerdo casi sin escalas; anuncios de conjuntos de medidas (60) que vienen a reemplazar un plan post-pandemia pero que

se demoran y no terminan de ver la luz; y una propuesta de reforma de la justicia que, demorada, cuando llegue genera más preocupación que alivio.

En este último punto nos detendremos particularmente, el de la reforma de la justicia es un capítulo de su gestión que Alberto Fernández viene anunciando desde antes de asumir, y en el que tenía particular interés. Consideraba, el Presidente, que podía ser una iniciativa que le diera un rol preponderante en la alianza de gobierno permitiéndole ensanchar su propia base de sustentación.

Sin embargo, la presencia del Dr. Beraldi, abogado de Cristina Fernández de Kirchner en el equipo de especialistas, la excesiva mirada sobre el número de juzgados federales y la preponderancia que tomó la discusión sobre la ampliación de la Corte y los recursos extraordinarios, han dejado en buena parte de la sociedad y en la oposición la idea que de es una reforma hecha a medida de las necesidades de la Vicepresidente y su familia.

Lo mismo sucede con la también anticipadamente anunciada moratoria fiscal, que parece dar justo con el talle del empresario Cristóbal López y sus problemas con la AFIP.

Ambos temas le dieron a la oposición la posibilidad de salir del barro que implica la discusión sobre la pandemia y la cuarentena para tomar la línea discursiva de la institucionalidad, la corrupción y la defensa de la independencia de poderes, intentando instalar la idea de que estamos ante un Presidente dominado por quien debería secundarlo.

Vemos entonces como un Presidente que sigue necesitando hacer equilibrio entre sus propias fuerzas internas y para lograrlo cede para poder avanzar, queda expuesto a ser asociado con los fantasmas que más irritación generan en buena parte de la sociedad, costándole cada vez más mostrarse como garante del diálogo y la moderación.

Cabe la posibilidad de que Alberto Fernández considere que un discurso polarizador le sirve para aumentar la tensión al interior de la oposición entre dialoguistas y radicalizados, pero no sería así si al hacerlo pasa a un segundo plano o se instala la idea que cede cada vez más espacios de poder en su gobierno.

Lic. Manuel Font